

MARIANA CAICEDO OSPINA

Estudiante de pregrado de Creación Literaria, Universidad Central.

Una a una las luces abandonan sus farolas. Poco a poco los vallenatos dejan de escucharse sobre la bahía y, al final, el carmesí de su sombra se desvanece por entre el deseo amargo de las olas al querer adueñarse hasta el último de sus latidos. El mar hace de las suyas y se apropia, una vez más, del pecado que acarrea su nombre.

UNO

“¡Baño mama, baño!”, imploró una bebé desde una de las mesas del Restaurante de Betty. La niña no tenía más de dos años. A su lado, Lucía, una mujer joven, soltó un suspiro con el peso de más de una noche en vela, se levantó de su mesa y se dirigió hacia dentro con la pequeña en brazos a suplir sus infantiles ruegos. Había, por lo menos, cinco mesas más ocupadas allí; faltaban tan solo tres minutos para las ocho de la noche. En la mesa de Lucía quedaba otra niña, pero esta era ya un poco más grande, no más de ocho años, y estaba sentada sobre las piernas de su papá mientras miraba el menú del lugar junto a él.

Víctor se levantó entonces la visera del casco y les hizo señas a sus compañeros; cuatro fueron los que se acercaron a él en moto, y colocándose todos la mano en la espalda, aguardaron. Víctor les exigió seriedad; les dijo: “Si no quieren pasar la noche bajo tierra, absténganse de hacer un espectáculo”. Cuando dieron las ocho,

apagaron sus motos y caminaron decididamente hacia el Restaurante de Betty. Esa noche tenía precio.

El baño del Restaurante de Betty quedaba en la parte trasera del local, junto a la cocina, al lado de la puerta por donde acostumbraban a sacar la basura del lugar. “¡*Drápido* mamá!, ¡*drápido* que *miago!*”. Lucía besó entonces la cabecita de su bebé y apuró el paso, a la vez que le murmuraba por lo bajo: “Acuérdate del conteo, mi amor, hasta tres. A ver, uno... dos...”, y se olvidó, por el afán, de echar el pestillo a la puerta del baño.

Al cabo de unos momentos, Lucía atendía a su hija menor ayudándola a lavarse las manos. “¡*Bubujas*, mamá, *bubujas*, *bubujas*, *bubujaaas!*”, balbuceó la bebé al ver el jabón resbalar por entre sus dedos regordetes. “Sí, mi amor, pero ahora no podemos jugar. Toca apurarnos, ¿no tienes hambre?” La pequeña niña movió su cabeza de arriba abajo, olvidándose por completo de las burbujas, y agitó sus manos sobre su menudo vestido amarillo. Su madre la observó con la risa sonrosándole el rostro, arreglándole las coletas y reajustándole la vestimenta.

Cuando estaban a punto de salir, la puerta del baño se abrió precipitadamente y por ella entró una mujer con el uniforme del lugar, una pelirroja, con el rostro enrojecido y, con voz tenue para no asustar a la pequeña, musitó: “Señora, no vaya a salir. Guarde aquí con su bebé. Están robando

* Primer puesto del concurso interno de cuento, pregrado de Creación Literaria, en la asignatura Recursos de la creación narrativa, 2018-01.

el restaurante, y lo más seguro es que estén armados”.

DOS

El eco de las sirenas aturdió el silencio de la noche cuando Víctor dobló por una esquina, se recostó sobre la pared de ladrillo del callejón y trató de recuperar el aliento mientras la patrulla seguía derecho sin percibirlo. Con la guardia en alta aún, se encorvó sobre sus rodillas, y sin cerrar los ojos, contó hasta tres: “Uno...dos...”. Una respiración entrecortada a su izquierda lo puso alerta y, a ciegas, apuntó su arma hacia allí.

“¿Quién está ahí?”, preguntó en voz baja hacia la oscuridad, sin querer atraer atención hacia su paradero. Después de un momento escuchó un murmullo conocido. “Tranquilo, Víctor. Soy yo, José.” Se trataba de uno de los cuatro que había conseguido para el plan de esa noche. Acercándosele, pero sin enfundar el arma todavía, Víctor pudo apreciar mejor el estado de su compañero. “¿Quién le hizo eso?”, y acercándosele un poco más, vio cómo el dolor se le reflejaba a José poco a poco alrededor de todas las facciones de su rostro demacrado. “Venga conmigo, ¿sí puede seguir caminando? Igual solo es hasta la playa. Ahí los perdemos”.

Víctor conocía el riesgo de continuar junto a su compañero en ese estado; solo los retrasaría y aseguraría sus capturas, pero también tenía presente el hecho de que, llegado el momento, iba a necesitarlo. Los policías habían llegado un poco antes de lo anticipado, pero al haber escuchado los tiros en la parte de atrás del Restaurante de Betty, no podía sino agradecerse los. Esa noche pudo haber terminado mucho antes de lo esperado, y peor de lo ya anticipado por su parte, pero Víctor sabía que era algo que no podía permitirse. No esa noche por lo menos.

Con la guardia en alta aún, se encorvó sobre sus rodillas, y sin cerrar los ojos, contó hasta tres: “Uno...dos...”. Una respiración entrecortada a su izquierda lo puso alerta y, a ciegas, apuntó su arma hacia allí.

José apenas podía mantenerse en pie, pero con determinación, y aplacando la velocidad de su respiración, respondió con firmeza: “Por mí no se preocupe, jefe. El dueño del restaurante trató de detenerme, pero fue solo un rasguño. Siga que yo voy detrás”. Pero al disponerse a correr, lo sorprendió una oleada de tos, volviéndose eco en el callejón. Víctor lo miró ansioso. “De verdad, jefe, no es nada. Usted siga, yo le cubro la espalda”. Y entonces, precavidos, salieron a correr.

Los vecinos, de la misma cuadra del Restaurante de Betty, fueron los encargados de llamar a la policía al escucharse el primer disparo. Uno de ellos, desde una de las casas que daban a la parte trasera del local, se fijó en cómo una mujer de cabello rojo se salía por una de las ventanas altas del lugar, la de los baños, y cómo, seguida de ella, asomaba el rostro una castaña mirándola con desesperación. “¡Oigan, sí, ustedes dos! Quédense ahí, la policía está en camino, ¡no se preocupen!” En cuanto lo dijo, el testigo aseguró que la castaña le agradeció en voz baja, mientras que la pelirroja solo se echó a correr callejón abajo, sin escuchar sus advertencias. Momentos después, los policías rodearon el Restaurante de Betty, atrapando dos de los implicados

en el asalto y, cerciorándose de la seguridad de todos los involucrados, vaciaron el lugar. El teniente Villamizar fue el encargado del caso.

—¡Roa! Hágame un favor, llámeme a Santos, ¿sí? ¡Santos! Venga, venga, ¿ya terminó de contar al personal, hace falta alguno? Necesito despejar esto lo antes posible.

—Jefe, sí. Ya confirmé con uno de los dueños y sí, que no hace falta ni uno.

—¿Y a los heridos ya los están atendiendo? ¿Y qué pasó con Araujo?, ¿ya averiguó si algún cliente le vio la cara a alguno de los atracadores? Dios mío, Santos. Ya va hora y media y nada que sabemos del paradero o siquiera la identidad de los otros dos tipos.

En ese momento, Lucía, quien hasta ese instante se había aferrado como a la vida misma sobre sus dos hijas, se levantó y, asegurándose de que su esposo ocupaba su lugar con las niñas, se acercó al teniente Villamizar.

—¿Señor?, discúlpeme señor, pero y... yo, yo sé de alguien que hace falta. Una muchacha, una mesera de acá. —El teniente se giró al escucharla y detenidamente le observó el rostro de arriba abajo—. Usted es la mamá del baño, ¿no? La de la bebé.

—Sí, so...

—¿Me recuerda su nombre? Acá, Santos, anótelos con el resto de sus datos.

—Mi nombre es Lucía. Lucía Morales.

—Mierda... Jefe, es ella. Ella es la de la foto.

TRES

La bahía se encontraba en plena faena, con vallenatos de todo tipo acompañando la claridad de la noche, cuando Víctor y José aminoraron el paso para pasar desapercibidos, camuflándose por entre el movimiento de la multitud. Habían logrado, también,

perder de vista a dos patrulleros que, antes de haber podido cerrarles el paso, se expusieron a un centenar de ojos curiosos y cuerpos sudorosos. Y aprovechándose de aquella pequeña brecha de distracción, tanto Víctor como José lograron dirigirse presurosamente hacia el desamparo de la playa bajo la bahía.

—José, ¿cómo va? Usted todavía tiene su celular, ¿cierto? El mío se me cayó en el restaurante, ¿ha escuchado algo de la Roja?

—No señor, nada. La última vez que la vi, antes de que me persiguiera el dueño aquel, estaba de mesera y se había ido a mirar si quedaba alguien dentro de los baños.

—Entonces ya debe estar por acá. Acerquémonos allá a ver si los demás lograron escapar también.

Al fundirse bajo la oscuridad de la parte baja del puerto, Víctor desenfundó su arma, y sin quitarle el seguro, apuntó hacia ningún lugar en concreto.

—¡Roja!, ¿estás por acá? —A su espalda percibió cómo el cuerpo demacrado de José se deslizaba por uno de los pilares y se quedaba allí con la mano sobre su bolsillo, prevenido ante cualquier inconveniente.

—Sí, jefe, aquí estoy, pero no estoy muy contenta... Por qué no le cuentas a José quién era la persona que me mandaste a cuidar en el baño, ¿ah? O mejor aún, por qué no nos explicas por quién fue que nos entregaste a los policías.

Entonces Roja avanzó hacia la tenue luminosidad reflejada por la luna esa noche, dejando claramente a la vista el arma que llevaba entre manos.

José se había topado por primera vez con Víctor cuando este llegó una noche a la cárcel costera. No había querido hablarle, pero se había enterado por uno de los guardias que al tal Víctor Morales lo habían encontrado culpable por el tráfico de drogas en la frontera con Venezuela. Se rumoraba que, en el momento de su captura, se topa-

ron con su hija de tres años en la parte de atrás del carro, acostada sobre una maleta resguardándole una última mercancía. Pero al toparse frente a frente con él en el patio a los pocos días, se había dado cuenta lo mucho que le había afectado la separación de su hija y, desde entonces, en una promesa silenciosa, se aseguraron, si no amigos, sí colegas.

De esto hacía ya veintitrés años, hasta que, tres años antes, un grupo de jóvenes lo habían reconocido en la fiesta de cumpleaños número veintitrés de su hija, pero él, prófugo, procuró no demorarse mucho y tratar, en vano, de salir sin ser visto de allí. La policía había estado siguiéndole el rastro desde entonces.

—Jefe, ¿por qué no me lo contó? ¿Por qué no me dijo que sabía el paradero de Lucía, ah? Todo esto es por ellas, ¿cierto? Todo esto porque no querías irte sin conocer a tus nietas... Ellas no se merecían lo de hoy, Víctor. Después de tantos años, sigues sin saber merecer... —El eco de un disparo irrumpió con el vaivén de las olas y, con ellas, el último aliento de José. Víctor encaró de inmediato el cuerpo inerte, y ahora sin vida, de su compañero y vio cómo la Roja se alzaba sobre él sin compasión, pero Víctor, sin perder todavía su compostura, se dirigió hacia ella.

—Roja, por Dios, ¿por qué hiciste eso?

—¡No puedes volver con ellas, Víctor! Si lo haces, te encierran de por vida y de paso a mí por cómplice, ¡y eso sí no te lo permito! —Víctor aprovechó el momento donde unos borrachos pasaron pavoneándose y riéndose por lo alto del muelle, haciendo crujir la madera, y le quitó el seguro al arma.

—Este fue tu plan desde un principio, ¿cierto? —continuó argumentando la Roja mientras Víctor se le acercaba lentamente—: acorralarnos detrás de un patético robo para ver quién acababa primero con quién...

qué desleal, Víctor, ¡es que no me lo creo! Pero conmigo no va a funcionar, ¿me oyes? No señor, a mí no me van a volver a encerrar ¡y menos por ti y tu ridícula familia!

—No debiste haber dicho eso, Roja.

—¿De qué ha...

Y una vez más, el mar resguardó el estallido sordo, sabiéndose verdugo de los crímenes de Víctor. Aprovechó entonces el embrollo de la bahía para arrastrar los cuerpos a la marea y se recostó sobre uno de los pilares, a la vigilia de que nadie pudiese pasar por allí, y se confesó bajo el rumor de las olas bebedora de sus últimos suspiros.

—Ya no tienes nada que temer, princesa. El trato está hecho, ya papá se hizo cargo de todo. —Entonces Víctor se aferró a lo que siempre logró mantenerlo a flote, donde el prejuicio de la gente no había podido alcanzarlo, hasta ahora.

Lucía encaró a los policías, ocultando en vano el clamor de su voz.

—Pero esto es una copia. ¿De dónde la sacaron? La última vez que la vi estaba en casa de mi mamá, no entiendo cómo fue a parar precisamente aquí —inquirió Lucía observando el papel a blanco y negro que el oficial Santos le había entregado.

—¿Me pueden explicar qué significa todo esto?

El teniente Villamizar se asombró nuevamente ante el parecido que la muchacha le guardaba a su progenitor; la quietud de sus palabras y la calma que trasmitía su persona, aún cuando sus palabras eran de angustia pura, eran extraordinarias.

La copia de la fotografía que sostenía en las manos Lucía mostraba a un hombre de unos veinte y tantos años, el cual salía junto a una niña pequeña, de unos tres años, sobre sus hombros y el fondo reflejaba lo que parecía ser la bahía de Cartagena. La niña llevaba puesto un diminuto vestido amarillo mientras sujetaba fuertemente la mano del hombre.



—La verdad es, señorita, que desde hace tres años le llevamos el rastro a Víctor Morales, pero no fue sino hasta hace unos días que él mismo nos contactó para entregarse, y no solo él, sino a los demás rufianes que han estado aterrorizando la costa. Con solo una condición, sin embargo —empezó a relatar el oficial Santos.

—El señor Morales, además —continuó hablando el teniente Villamizar a razón del silencio de Lucía—, demandó que su entrega oficial fuera el día de hoy en específico. Tal vez usted sepa la razón de eso, pero lo cierto es que esa fotografía fue parte de la condición que nos pidió el señor

Morales. Tenemos entendido que la original aún la conserva él.

Por un momento Lucía los miró sin comprender, pero a medida que las palabras del teniente Villamizar terminaron de hacer resonancia en su interior, un ligero estupor cubrió su rostro. —¿Cuál fue la condición? ¿Ustedes saben dónde está él, puedo verlo?

Los oficiales intercambiaron una mirada que no pasó desapercibida por Lucía:

—“Hoy es su cumpleaños... Díganme, por favor, si está bien. Por favor teniente, dígame que mi papá está bien. —Pero el eco de sus palabras en el resplandor de la madrugada fue su única respuesta. ■■